

Las Tijeras del Viajero. Monstruos

Ángel Ortega - 1997

Licencia de uso y distribución

Esta obra está cubierta por la licencia "Reconocimiento-SinObraDerivada 2.1 España" de Creative Commons. Esto significa básicamente que usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra.
- Hacer un uso comercial de esta obra.

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

Sin obras derivadas: No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

El texto legal completo de esta licencia puede obtenerse de la siguiente dirección de Internet:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nd/2.1/es/>

Para cualquier comentario sobre esta obra, puede contactarse con el autor escribiéndole a la dirección de correo electrónico angel@triptico.com.

Ángel Ortega, en S. Agustín de Guadalix a 18 de diciembre de 2004

Presentación

Justo después de terminar de escribir *Las Tijeras del Viajero*, comencé con un nuevo grupo de narraciones, también brevísimas, con el monstruo como tema común (monstruos humanos físicos y psicológicos o monstruos propiamente dichos). El título genérico pensado para estos cuentos era *Las Tentaciones de San Antonio*, reutilizando el viejo tema pictórico del santo asediado por seres terribles como mera excusa para describir monstruosidades, que tan gratas han sido siempre para mí. Desde finales de 1996 hasta mediados de 1997 estuve trabajando en ellos y decidí dejar para el final la escritura de uno con el mismo nombre que la compilación de todos ellos, a modo de colofón.

Ocurrió, inesperadamente, que este último fue creciendo y creciendo hasta que tuve la sensación de que tenía entidad propia y se asemejaba mucho a una idea largo tiempo adormecida en mi mente de escribir un tríptico, inspirado por las visiones góticas de Pieter Bruegel y Jerónimo Bosco, que siempre vuelven a mi cabeza de forma recursiva. Las historias minimalistas y supuestamente impactantes que pretendí plasmar en *Las Tijeras del Viajero* habían dejado de interesarme y me volqué con un cuento con aire policíaco y de investigación, más denso y más largo.

Después, visto el conjunto con frialdad, me di cuenta de que el cuento largo no tenía ninguna cohesión con los relatos breves, que sin embargo eran en extensión, estilo y contenido mucho más afines a aquellos en *Las Tijeras del Viajero*. Por ello, los he incluido en este *Las Tijeras del Viajero. Monstruos*, que queda como secuela o continuación del primero, complementándolo y ampliándolo.

De los relatos aquí incluidos, el primero, *Destierro tan apartado* (prólogo de un libro que se perdió), nació con pretensiones de ser algo más grande y su subtítulo se convirtió en una parodia de sí mismo. Termina con una frase extraída de una canción que compuse hace mucho tiempo que tenía el mismo título. En Un

hombre justo vuelvo a incluir los ángeles y el apocalipsis, en un entorno futurista de civilización urbana corrompida y abandonada; en La sangre del padre la víctima se convierte en monstruo por venganza y fue sugerido por la canción de Dead Can Dance que cito. Completan la breve selección Desde ayer (escrito para un concurso que inevitablemente perdí, como todos los concursos literarios a los que me presento) y dos vueltas a mis temas Lovecraftianos tan queridos, El esperado retorno (inspirado probablemente en The shadow out of time) y Caprichos, que no es más que una visión delirante y equívoca de un juego de ordenador desarrollado por mí con un equipo de amigos hace unos años y al que un día nostálgico volví. Pese a lo que se pueda intuir (el personaje indudablemente sufre), me trae a la memoria una de las etapas más felices de mi vida.

En eso ha quedado este pequeñísimo libro. Que alguien lo lea.

Angel Ortega, en Madrid a 29 de Mayo de 1998

Destierro tan apartado (prólogo de un libro que se perdió)

Pese a estar ahora convencido y a haber ganado la lucha contra mí mismo que me ha impedido retomar esta actividad, se me hace muy difícil volver a presentarme sin tener la sensación que tanto he temido. La debilidad casi enmudece mi mano sobre el papel, no por enfermedad o hambre, no por indecisión o falta de algo que contar; es como se sentirá el ingeniero que ve hundirse el puente en cuya construcción ha gastado su vida, o el rey que en el exilio trata en vano de entender en qué falló. No he sido ninguno de estos hombres, y a menudo he reído con desprecio la desgracia del que pierde todo, cómodo en la creencia de estar libre de sufrir males de esa índole.

Comencé mi vida de marino a la edad de trece años en que me embarqué como grumete; tal ha sido mi dedicación al mar que no recuerdo nada de mi vida anterior, y he llegado a dudar que antes de pisar cubierta hubiese tenido conocimiento. A los veintidós ya era capitán de barco, y siendo mi codicia aún mayor que mi arrojo, fui pirata casi desde entonces. No ha habido mar o puerto donde mi nombre no hallase comentario ni corte donde mi mención no estremeciese, ni ha habido mujer que no amara ni botín del que no hiciese uso en tierras que pocos hayan osado hollar.

Son pocas líneas para la vida de un hombre; sin rasgos diferenciados, esa vida podía ser la de cualquiera. Los acontecimientos concretos son los que hacen a un hombre lo que es, y eso es lo que he perdido.

Aún quedan en la playa restos de velamen y de jarcias y vienen y van maderos carcomidos por el salitre. Hace algo más de un año que mi barco se partió frente a estas costas. En él perdí compañeros, perdí riquezas, perdí poder; pero perdí lo más valioso que un hombre posee. Es duro verse sólo y sin oro, pero en esta isla olvidada nada de eso me es necesario. Durante mis tantos años de

viajes, luchas, correrías y pendencias he narrado todo en un diario de papel ya entonces amarillo por el tiempo y la intemperie.

Creo recordar que en la lucha que mi barco tuvo con el mar, deseé por encima de todo salvar mi vida. Recuerdo el chillido ensordecedor del palo mayor, el ulular del viento y los gritos de aguerridos marinos tratando de hacerse con el control del navío enloquecido, y sólo pensaba en escapar vivo. No soporté la tensión y até mi cuerpo a dos grandes toneles vacíos. Con aquello creí salvarme, pero sólo sobrevivió mi cuerpo, pues mi pasado, encuadrado en piel de vacuno, quedó allí, quizá rodando de un lado a otro de mi camarote, quizá empapado, quizá destrozado. Al amanecer, estaba en la playa y ya no era nadie.

Apenas recuerdo nada. Nunca fui bueno para recordar; por eso escribía los acontecimientos al papel, pues de alguna forma los perpetuaba y los expulsaba de mi cabeza. No me acuerdo de hechos concretos pero sé que fui malvado. Claro que lo era, aunque mejor debería decir que mi característica era que no temía a nadie o que era valiente, ambicioso e irresponsable. He pecado. Pero, ¿cómo ser castigado por unos crímenes que desconozco, cuyo único registro está en el fondo del mar? ¿Se libera un hombre de su carga cuando pierde su vida como la he perdido yo?

Algunas veces paseo por la orilla y espero que aparezca entre la espuma. El papel no es pesado como el metal, de alguna forma puede verse empujado por las corrientes marinas y llegar aquí, como he llegado yo o todo este escombros astillado que lacera la orilla. Paseo y a veces quiero que esté, pero otras no, porque igual me descubre cosas que no deseo. Quizá entienda que he sido un monstruo, que he sido un demonio de maldad; quizá vea relatados con truculencia mis crímenes y excesos y me espante de mí mismo. Pero eso no sería lo peor, puedo aparecer de otra forma, más humano o más débil, o puedo encontrar unas palabras vanas y unas frases mal construidas, como el diario de un estúpido o una labradora, que no correspondan al ideal de relato apasionante que, inevitablemente, he recreado en mi memoria.

Todos estos miedos pasan por mi cabeza cuando este sol que no quema está en el cenit. Pero hay un miedo aún más grande, y que me recluye en el interior de la isla durante varios días cada vez que me asalta. Sueño, o imagino, que encuentro el diario. Abro sus páginas y en ellas no hay nada, sólo salitre y restos de algas, porque su contenido se ha borrado, o porque realmente nunca hubo nada ahí; o abro sus páginas y en ellas leo glosadas, de forma fascinante o aburrida o

indiferente, las aventuras de un marino que no soy yo. Quizá esta última posibilidad sea la peor. Leo esas páginas y descubro que he estado viviendo la vida de otro, que he usurpado los acontecimientos provocados por alguien a quien no conozco, del que oí hablar de niño o en mis últimos minutos a bordo.

Cuando descubrí mi desgracia juré no escribir jamás. Que mi vida se pierda, me dije, qué importa. Pero ahora ha pasado el tiempo y querría escribir los pocos restos que queden en mi mente de todo aquello. Es obvio que nunca será igual en extensión ni en detalle ni probablemente en veracidad; pero ya es ímprobo el esfuerzo que dedico a estas breves reseñas para empañarlo aún más con lamentaciones.

Quiero haber sido el pirata que llegó a un puerto de edificaciones blancas que trepaban por una suave ladera, con puentes de madera al fondo y ropas blancas y azules tendidas, con olor a preparados de cuero, camellos y camelleros taciturnos y cargamentos de frutas olorosas. Aquél pirata que hubiera hecho atracar su barco sigiloso como disimulando, con pabellón falso y el vientre ardiente de hombres con sed de riqueza y falta de escrúpulos, hombres que como uno sólo saltaran a tierra haciendo probar su acero a aquél que apareciese delante. Vino y carnes, sangre y especias, para los vencedores de la invasión a un puerto sin nombre.

El mismo capitán que afrontó un doloroso motín de sus compañeros más afines y que con dureza torturó hasta la muerte al cabecilla cuyos restos colgaron de estribor hasta que las bestias marinas hubieron dado cuenta de sus vísceras. Y una sucesión de imágenes de barriles, relojes, escalas de cuerda, timones, salpicaduras y olas, espadas, pescados en salazón, sacos de arroz y lino, lenguas extranjeras y mujeres exóticas, palabras de aliento, vómitos, risas, borracheras, astrolabios, pesadillas, todas formando parte de una galería de retratos caducos y embotellados, tan inciertos como la existencia de Dios o de las parcas trazadoras de vidas en un tapiz.

Qué importa lo que haya sido, aquí en mi aislamiento. Puedo ser lo que quiera siempre que tenga un final en esta isla. Puedo extender la vista al cielo y ser un hombre o todos ellos o el espíritu de un barco, que ha llegado a la playa junto a sus desmembrados jirones de madera. Tantos años de destierro... mirando al vacío y escuchando los sonidos de la jungla, parece como si la gente nunca hubiera existido.

Desde ayer

Lo leí el otro día en el periódico: 'Fin de la amenaza del Torturador del Cutter'.

El artículo era extenso, de unas seis o siete páginas, con fotos, dibujos y testimonios de gente involucrada en el asunto. Era sorprendente el despliegue de medios que había culminado en aquella investigación. Si la policía funcionase igual, otro gallo nos cantaría, pensé.

A la izquierda de la primera página había una tabla cronológica, donde se detallaban con fecha, hora y lugar todos los crímenes cometidos por el Torturador del Cutter, en letra a 9 puntos, relatados con la frialdad del forense de guardia. Uno, dos, tres... catorce, hasta el momento de su detención. Varias páginas más adelante había otras tablas, análisis estadísticos y hasta un retrato robot del asesino.

El cuerpo de la noticia lo integraban las declaraciones de dos especialistas criminólogos, que habían estudiado las técnicas del homicida, y de un médico psiquiatra, analizador de la personalidad del sujeto. Resultaba fascinante leer las conclusiones a las que habían llegado. Aún no le conocen, acaban de atraparlo, y ya saben todo sobre su infancia, su vida y su historial delictivo. Y al pie de la segunda página salía el monstruo en el momento de su captura. Vaya expresión.

Este relato fue perdedor del concurso FNAC 'Un día para narrar' del 23/24 de Noviembre de 1996.

Tenía la boca torcida y los ojos encendidos, con el gesto de rabia de Aquiles matando a Héctor, o de Leatherface desollando a su víctima. No obstante, había algo de humano o de animal racional o de niño grande en esa mirada exorbitada: se diría que no es culpable, que es todo un montaje. Pobre hombre. Quién sabe qué estaba pensando en el momento de la fotografía. En su envoltorio marginal parece gritarnos a todos que nos odia.

Pero donde se llegaba realmente a sentir horror era en la reconstrucción de sus catorce atrocidades. No consigo imaginar la preparación que requiere ser integrante de un equipo de investigación capaz de elaborar un informe tan pormenorizado. Junto a las descripciones (sin escatimar en detalles explícitos) se acompañaban dibujos a lápiz, de trazo difuso, donde se ilustraba al asesino con su herramienta y a las víctimas sufriendo, unas desnudas, otros vestidos, en las retorcidas posturas deseadas por su verdugo. Estaban todos: la chica del autostop, el ciclista, las dos ancianitas, los gemelos...

¿Cómo pueden llegar a saber todo esto?

Pero releído con cuidado se pueden intuir inexactitudes, no se sabe bien si motivadas por un simple error de cálculo o por la necesidad de dar una explicación, cualquiera que fuese. No son demasiado creíbles las razones por las que el asesino pudo ser encontrado tan lejos de la última de sus bestialidades, tan sólo unas veinte horas después de haberlo cometido. Suena un poco a camelo la insistencia en un móvil sexual en todos ellos, e incluso la quiceañera de la discoteca estaba más entrada en carnes que la que aparece boca abajo en el dibujo. Pero hay un fallo aún más importante, que me hace recapacitar: cómo han sido tan eficaces al calcular la hora de las muertes, la zurdez del asesino o su peso aproximado, y sin embargo no han sido capaces de diferenciar un cutter de un formón.

El titular dice 'Fin de la amenaza del Torturador del Cutter'. Si debe ser así, que así sea. Ayer mismo he tirado mi formón al río. Se hundió como una piedra inocua, como si fuera inocente.

Caprichos

I am the voice of Mother Earth,
from whence all horrors have their birth.

H. P. Lovecraft , *Mother Earth*

Hace poco, por casualidad, volví a revivir esta historia. De algún modo es como un recuerdo o como releer un libro, pero con la diferencia de los pequeños detalles. Los corredores y puertas están ahí, y son casi iguales a los de entonces, el mismo patio precede al mismo templo y el jardín laberíntico de setos lleva de igual forma a la playa. Pero sus habitantes no tienen el mismo comportamiento que entonces, hay algo de decisión o incertidumbre o rebeldía en sus movimientos que los hace ser imprevisibles y, por qué no, alterar la historia en sí misma.

Por supuesto que no puedo describir cómo era yo entonces con orgullo, pero no se puede renegar de lo que uno ha sido sin insultarse. Yo era poderoso, mucho más poderoso que lo que un hombre como yo podía ser o siquiera imaginar. No poderoso por lo que poseía (que era mucho), sino por lo que era capaz de hacer. Y era envidiado, por todo ésto y por el amor que Madre Tierra me profesaba. Para muchos era injusto que yo fuera el hijo predilecto, acaso por mis orígenes, o por los experimentos en que invertía mi tiempo.

Yo experimentaba con los cuerpos. Animales y humanos. Madre Tierra me había concedido, entre otros, el don de la generación de vida, y me era posible ensamblar miembros y órganos con mi magia para generar nuevos prototipos de seres vivos. Habilité todo el piso inferior de mi castillo para albergar montañas de desechos de carne, traídos de la guerra, de las leproserías, de las morgues. Entre toda esta inmundicia encerraba a mis enemigos, para hacerlos enloquecer o enfermar y murieran automutilados y comidos por las bubas. Me gustaba crear posteriormente caricaturas vivas de ellos mismos, poner tal cabeza aquí o tal brazo tatuado allá, y liberarlos por mis tierras, para que encontrasen un lugar entre la monstruosidad y la perversión, se reprodujeran y formaran ejércitos de

carroña pulsante, batallando por las colinas y los prados pujando por puñados de tierra yerma que en realidad era mía.

Ser el demiurgo de un mundo así no era fácil. Desde el principio un ser inmundo me servía de ayudante, se encargaba de recortar la materia sobrante de las vísceras y de los tendones y de administrar el herbolario. Le llamé Aprendiz, porque en un principio carecía de nombre e incluso de capacidad de habla. Yo le eduqué a lo largo de los años, y conmigo aprendió la lectura de los grimorios antiguos, la interpretación de los astros y la regeneración de cadáveres. La confianza depositada en él fue, como pude comprobar más tarde, excesiva.

Una noche húmeda en que me encontraba trabajando en una vieja idea hecha de patas y de sesos el Aprendiz vino a verme. Acostumbraba a vestir un hábito con capucha de color morado, de la que asomaban sus grandes ojos verdes como esmeraldas y alguna que otra arruga de su carne enjuta. Yo había empezado a despreciarlo; no me gustaba ese aspecto de mago ridículo que últimamente adoptaba, ni esas muecas de placer que desde hacía un tiempo ponía al manipular los restos humanos.

El Altar de Regeneración era una enorme mesa de madera, pero la sangre y fluídos vitales derramados durante tanto tiempo le había hecho perder su aspecto leñoso y parecía una gran masa esponjosa de colores verdosos. La capa de detritus esparcido por el suelo cubría toda la estancia, y se hacía notablemente más gruesa bajo y a los pies del altar. Toda esto era, en cambio, necesario; en esa capa, casi viva, de putrefacción en estado puro latía un odio y rencor que hacía el aire casi irrespirable y que permitía el ensamblaje de los trozos de forma mucho más permanente.

Cuando miré los ojos del Aprendiz, debí adivinar sus intenciones. Era codicioso, en parte por sus raíces despreciables y en parte por lo que yo le había enseñado. Alzó con brusquedad sus brazos nervudos y apenas tuve tiempo de apercibirme; una explosión con eco ecuoso sacudió la estancia y mi cuerpo reventó como un globo. El Aprendiz me había destruído.

Pasaron quizá siglos cuando volví a recobrar una especie de consciencia sorda. O el tórrido limo de materia orgánica me infundió un hálito de vida, o fue la misma Madre Tierra, que con su infinita misericordia me daba la oportunidad de renacer pese a haberla ofendido con mi descuido. Así, en un limbo de vida latente, permanecí también un tiempo que no puedo medir, alimentándome de la materia de los cuerpos que desgarré. Poco a poco tomé apariencia incorpórea, y

pude percibir colores y formas difusas. Veía el Altar de Regeneración en lo alto, como una planicie soportada por cuatro grandes árboles de carne pulposa, tan grande como un mundo, abandonado a su suerte. Tardé en reconocerlo, aunque siempre tuve una extraña sensación de familiaridad con esa madera envuelta en tejidos muertos.

Una vez pude recorrer la estancia. Era, ciertamente, como una especie de fantasma, capaz de desplazarme pero no de manipular nada. La puerta de hierro de la Cámara de Regeneración aparecía cerrada, el Altar seco por el desuso, y el suelo carnosos agrietado y consumido. El Aprendiz había utilizado la magia que le enseñé para destruirme y se había apoderado de mis tierras. Ahora quizá había constituido su atroz sala de trabajo en otra parte.

Cuando pude recolectar la energía suficiente, decidí que me vengaría. Pero para ello necesitaba un cuerpo, necesitaba un armazón biológico para albergar mi lacerado espíritu y así poder canalizar todo mi odio. No sabía lo que podía esperarme en los otros tiempos mis reinos, pero seguro que había esparcidos restos suficientes como para recomponer un cuerpo, no necesariamente humano.

Atravesé con dificultad la puerta de hierro del Altar; descubrí con ello que cruzar objetos tan densos me debilitaba profundamente. Ante mí estaba el pasillo igual que siempre, su techo mugriento, su suelo embarrado y sus paredes de mampostería no parecían cambiados. Me volví para contemplar la puerta por última vez y la percibí algo más herrumbrosa que antes, con la huella de una mano ensangrentada en su áspera superficie.

Avancé cautelosamente por el pasillo hasta una bifurcación. Aunque todo me era remotamente familiar, no conseguía recordar mi castillo con el detalle suficiente como para poder orientarme. Giré a la derecha y hallé un corredor cegado, donde se pudrían los restos irreconocibles de un ser alado, de piel rojiza y sangre verde. Traté de recomponer con mi magia toscamente recordada aquél despojo y no pude hacer nada. Una sensación de impotencia y desasosiego me invadió.

Siguiendo el camino alternativo, y dejando a la izquierda un agujero en la pared que mostraba un grupo de ensangrentadas cadenas oscilantes, crucé una puerta agusanada y tras ellas encontré seres vivos; cabezas cercenadas que avanzaban por el aire, gárgolas de piel roja y sangre verdosa, cadáveres descarnados en túnicas mugrientas blandiendo al aire sus espadas. Algunos de estos seres eran modificaciones de los creados por mí y otros me eran

absolutamente ajenos, pero tanto unos como otros me vieron inmediatamente como un enemigo y cada estancia cruzada era una horrible batalla devastadora.

Poco a poco fui encontrando materia útil, una pila de huesos, unos pies de carne macilenta, cerebros, intestinos pulsantes, ojos. Con retales asquerosos volví a formar mi soporte físico, y cada vez la lucha fue más encarnizada: las criaturas que encontraba me superaban en fuerza y tamaño, cíclopes, dragones bicéfalos, bestias prehistóricas, gorgonas, paquidermos cornudos, hormigas gigantes, todas se abalanzaban contra mí con furia ciega y sin titubeos. Recorrí mis antiguas posesiones, el castillo, los subterráneos inundados, el templo, el jardín, las cavernas, pero en ningún lugar hallé al Aprendiz. Crucé abismos de tiempo que me llevaron a laberintos de piedra y metal con seres mecánicos y llegué al pozo de las almas, donde vagan los espectros despreciados por todos y donde un ídolo de tres cabezas me sirvió para encontrar el último baluarte del Aprendiz en el palacio del sueño, un edificio orgánico de corredores y estancias de pesadilla.

Allí encontré al Aprendiz cara a cara. El no había cambiado: su misma vestimenta, su cara huesuda, sus ojos de insecto, aparecían ante mí como una viviente humillación a mi existencia. Con magia primero y con las manos después luchamos e hicimos temblar los cimientos del palacio hasta que al fin conseguí reducirle y deshacerle en los trozos más pequeños que pude conseguir. Esparcí su despojo por toda la tierra que me fue posible hollar y disolví su sangre con el agua de mil lluvias. Los seres creados por él se deshicieron como muñecos de barro.

Toda esta barbarie no sirvió para enmendar la ofensa a la Madre Tierra. Sólo se puede cometer un error. Su bondad me permitió continuar viviendo entre las monstruosidades que yo creé. Cada día y cada noche debo defender el recodo infecto donde habito de horrores que mi imaginación parió y que afortunadamente siguen sin reconocirme. Sólo en algún amanecer tranquilo puedo recordar a duras penas quién fui, y reconstruir con dificultad la plenitud inicial y el dolor ulterior. Es en ese momento en el que los detalles se pierden, y recuerdo una batalla que no luché y olvido heridas terribles que recibí.

Un hombre justo

Año 2048. La noche se derrama por las esquinas roñosas de la ciudad, y el paisaje de cemento renegrido y metales retorcidos asoma entre la niebla de humos y polvo. La escoria de décadas se almacena por los callejones donde la maldad de una humanidad abandonada a su suerte se manifiesta en innumerables formas de abuso y dolor. Hace años que no llueve, y el sol apenas se intuye tras una capa casi perpetua de grises y negros. Esta ciudad no es nada especial; es como casi todas, hipertrofiada, agónica, surcada de subterráneos caóticos y cloacas impracticables.

Boris ya no dormita en su esquina, le ha despertado un resplandor al inicio del callejón. Pueden ser bandas o tropas, o algún vehículo, aunque hace mucho tiempo que no ve ninguno. Se cubre con su manta roída como un niño asustado, como convencido de que dentro de su lecho de basura está a salvo.

Gabriel camina lento, casi parece que no toca el suelo. Su aura resplandeciente ilumina el callejón y se sorprende de tanta inmundicia. El, que ha sido conocedor de mucho dolor y sufrimiento, no puede dejar de sobrecogerse. Mira las paredes desconchadas y siente el vacío espiritual que sólo él por su naturaleza puede apreciar. Entre los cartones ve a Boris; con paso solemne se le acerca.

Boris mira al sujeto que está frente a él. Realmente no puede creer lo que ve, esa figura alta y esbelta, como con luz propia, que le observa inmóvil. Junto a su catre hay restos de botellas y con mano trémula empuña un casco roto; el individuo luminoso alza una mano y Boris se siente más tranquilo.

Gabriel se acerca más a Boris y con sus sentidos terrenales aprecia su olor. Y Gabriel es tenaz y sabe su misión; transmite el mensaje con exactitud. El Señor no destruirá tu mundo si en él hay un hombre justo, le dice a Boris, y su voz resuena con un eco espectral. Boris empieza a entender con quién habla. Los ojos de iris dorado de Gabriel se le clavan en los suyos. Los cabellos rubios caen en

ordenados bucles y todo en él es armonioso.

Gabriel pregunta si él es el hombre justo. Boris le mira, con la boca abierta, incapaz de articular ni un sonido. Insiste. Boris intuye fatiga en el rostro arcangélico de Gabriel, o quizá es un leve gesto de otra sensación que él no entiende. Toma, dice Gabriel, toma estas escrituras, y le tiende un papel amarillento lleno de unas figuras incomprensibles. Es escritura angélica, sé que los hombres no podéis entenderla, pero os servirá para salvaros. Boris, al fin, pregunta cómo. Qué puede hacer él, que no es nadie, que sólo es un grano en arena en el desierto. Nadie va a escucharme, insiste al arcángel, que sigue mostrando su imagen impasible. Servirá para salvaros, repite. El Señor no destruirá tu mundo si en él hay un hombre justo. Tú debes llevar este mensaje a los hombres.

Gabriel da media vuelta. Boris contempla sus manos azuladas por los hongos y siente un escalofrío. Gabriel teme; sabe que los hombres se han olvidado de Dios, y sabe que Dios también ha olvidado a los hombres. Todo esto es iniciativa suya, un intento desesperado por salvar a la humanidad en la que ya ni ella misma cree. Sabe que intercediendo así se enfrenta al señor, pero pese a todo siente que obra correctamente. Echa una última mirada a Boris; no vale con ser un hombre justo. Quizá no sirva de nada.

Boris ve un remolino de luz tragarse a Gabriel y desvanecerse desperdigando papeles y basura. En sus insensibles manos está el papel con el mensaje del ángel, que él debe hacer llegar a la humanidad entera. El nunca ha sido hombre de grandes entendederas, pero poco es necesario para ver que siquiera intentarlo es inútil. Primero tendría que comprender la organización de su mundo, conocer la ruta a seguir como mensajero divino; atravesar los peligros, vencer adversarios, con un papel garabateado de signos estúpidos y convencer a todos de que aquello era la única salvación. Se siente engañado; siente que aquello sólo ha sido una maniobra del arcángel para mantener limpia su conciencia, para no sentir que no ha hecho todo lo posible. Algo de iluminación celestial le debe haber quedado de su encuentro, pues comprende cosas que nunca antes había acaso imaginado. Que todo es una falacia, que nadie se ha preocupado de nosotros, que somos exactamente lo que hemos querido ser.

Boris arroja el papel con la salvación del mundo a una alcantarilla, donde se desliza por tuberías oxidadas y se empapa de aguas fecales. Tal vez sea mejor así.

La sangre del padre

You blocked up my ears
you plucked out my eyes
you cut out my tongue
you fed me with lies
oh lord

Dead Can Dance , *Song of the Dispossessed*

- ¿Es así como lloraba mi padre?

Dijo mientras calentaba en el soplete la plancha oxidada. A la luz de una bombilla, el antiguo torturador sollozaba con la cara encogida en un gesto de dolor y terror, desnudo, atado a una silla en una postura contraída. Sus carnes fofas relucientes de sangre, sin un ojo, sin una oreja, con el labio inferior colgando mostrando la falta de varios dientes, el escroto perforado con clavos finos, llorando como un niño.

- Pues pronto empiezas. Va a ser una noche muy larga, ya verás.

El esperado retorno

El espacio que ocupa ahora es suyo. Pavimentos perfectamente enlosetados hasta donde alcanza la vista, escaleras de escalones bajos, innumerables terrazas en múltiples planos, con jardineras donde pudo haber plantas exuberantes. Grandes torres negras, en forma de tronco de cono invertido, se alzan desafiantes hacia un cielo azul acero pintado de nubes grises. Esparcidas por el suelo, a gran distancia una de otra, están las trampillas de acceso al mundo inferior, durante tantos siglos selladas, ahora abiertas como bocas sedientas, exhalando su humedad caliente a la ciudad exterior que anhelaron.

Mientras pasea por las grandes avenidas, trepa por las terrazas (desde las que ve de lejos a algunos de sus congéneres en idéntica actitud), sube a los incomprensibles aposentos de las torres, con sus enseres, sus muebles, mientras contempla todo ésto, siente que ya no es el monstruo. Porque el monstruo sólo lo es en comparación con el otro, y ya no hay otro con lo que ser comparado. No ha sido como hubieran deseado, pero ha sido, en definitiva.

Dentro de las torres es donde aprecian más las grandes diferencias que hubo entre ambos. Las habitaciones de proporciones alarmantes, los umbrales anómalos, los pasillos sin utilidad, las claraboyas opacas, todo le humilla, aunque no alcanza a saber por qué. Y un pensamiento se atisba, al que sería injusto calificar de nuevo (pues todos, alguna vez, han tenido antes). Nadie ha hablado de ello nunca, pero en algún rincón infecto o en algún lupanar, individuos taciturnos alguna vez han compartido su inquietud, que ha hecho que su deseo principal, el de abandonar los sótanos, no fuera tan reverencial. La ciudad exterior no les sirve para nada.

¿Qué utilidad podían obtener de aquellas plazas inconmensurables, de los gráciles acueductos, del geométrico pavimento que incansable traza la planta de una ciudad que nunca se acaba, rodeada de murallas que la separan de sí misma?

Según la memoria de los más viejos, su raza siempre había planeado y esperado el momento en que desatrarcarían las trampillas y se lanzarían a la invasión de la ciudad exterior. El plan era un fin en sí mismo y en él se basaba la preparación de cada uno de los individuos. Nadie tenía recuerdo de los enemigos habitantes de la ciudad exterior, nadie los había visto ni oído nunca, pero el odio era tan inmenso que los había mantenido unidos en el gran proyecto de la salida.

Ahora que estaban fuera, allí no había nadie, sólo infinitas extensiones cíclicas de torres, terrazas, escaleras y murallas, cubiertas de polvo y mugre, abandonadas a su suerte. ¿Dónde estaban sus habitantes? Nadie lo sabe. Quizá desaparecieron hace tiempo, quizá su civilización se colapsó de alguna forma. Pero el cadáver de la ciudad no es una masa corrupta, es un esqueleto en perfecto estado de conservación, cada piedra, cada ladrillo, cada objeto, en su estricto orden. No ha habido ningún combate. En la ciudad exterior, un día hubo habitantes, y al otro no.

Y ninguna epidemia acabó con ellos, porque no hay ningún resto. A no ser que el tiempo haya deshecho tanto sus cuerpos.

Resulta tentador también pensar que abandonaron la ciudad, si no fuese por que no hay otro sitio donde ir. Igual en algún lugar remoto, en alguna torre aún no visitada, quede un último puñado de habitantes descastados.

Viendo la configuración de los edificios y de sus estancias, cuesta creer en la insistente idea, tantas veces repetida, de que entre ambas razas había grandes semejanzas.

Hay una teoría que dice que los habitantes de la ciudad exterior siguen ahí, pero que han llegado a ser tan diferentes que ya no se les puede ver, y que ya los enseres y las calles y las alcobas les sobran. Pero eso es como decir que ya no existen, o como decir que el trabajo inmenso de edificar la ciudad no ha servido de nada, y también de algún modo es aceptar que en algo se les parecen, que es en habitar un lugar absurdo. Otra dice que nunca hubo otros habitantes en el mundo que su propia raza, que la ciudad exterior era de su propia factura, y que por alguna idea o proyecto equivocado, ahora olvidado, se abandonó la superficie para habitar los húmedos y sucios sótanos, después de elaborar concienzudamente unas construcciones inútiles, también producto de otro proyecto erróneo.

Apoyado en una compleja balaustrada pensó que todo es un ciclo, que no es la primera vez que se sale al exterior, se percibe que éste no es lo que se esperaba, se vuelven a sellar las trampillas para no volver a caer en la tentación de salir, se

olvida todo y se vuelve a proyectar una invasión al exterior opresor, y quizá estaba en lo cierto. Pero una suave y agradable brisa le acarició el rostro y se abandonó a la contemplación de la belleza de la geométrica silueta de las torres recortándose sobre la forma indescriptible de las nubes.

Índice

Licencia de uso y distribución	3
Presentación	4
Destierro tan apartado (prólogo de un libro que se perdió)	6
Desde ayer	9
Caprichos	11
Un hombre justo	15
La sangre del padre	17
El esperado retorno	18
Índice	21